

SIEMPRE TRIUNFA LA INOCENCIA.

COMEDIA NUEVA EN TRES ACTOS.

ESCRITA POR D. F. T. R.

Representada por la Compañía de Manuel Martinez en el
año de 1792.

PERSONAS.

ACTORES.

<i>Diego de Avila, Capitan del Tercio viejo de Flandes.....</i>	Sr. Antonio Robles.
<i>Alexandro Farnese, Gobernador de los Países Bajos por Felipe II.....</i>	Sr. Joseph Huerta.
<i>Guillermo Truches, Coronel extrangero.....</i>	Sr. Tomas Ramos.
<i>Diego Mondragon, Maestre de Campo en dicho Tercio.....</i>	Sr. Francisco Garcilaso.
<i>Juan del Aguila, en el mismo.....</i>	Sr. Francisco Ramos.
<i>Francisco de Aibar, Sargento.....</i>	Sr. Vicente Garcia.
<i>Federico Cloet, Gobernador de Novesia.....</i>	Sr. Vicente Sanchez.
<i>Peuchner, Capitan.....</i>	Sr. Joseph Cortés.
<i>Un Soldado.....</i>	Sr. Vicente Romero.
<i>Margarita, Dama.....</i>	Sra. Maria del Rosario.
<i>Hombrés, Mugeres y Niños de ambos sexos.</i>	

ACTO PRIMERO.

Selva larga con vista de Ciudad y muro: caxa y clarin: salen los Españoles tambor batiente y banderas tendidas delante de Alexandro Farnese, Príncipe de Parma.

Alex. **V**alerosas Naciones,
partícipes de todos mis blasones,
cuyo militar arte (te,
de ambos orbes terror, pasmo de Mar-
esparce por la bélica campaña (fia,
el nombre augusto del Leon de Espa-
ved la antigua Novesia, peregrina
Ciudad de la Colonia, de Agripina
perteneciente, unida con su Estado
de Baviera al ilustre Electorado.
La usurpó Adolfo, Conde (ponde,
de Meurs, y hoy á Alemania corres-
el depuesto Elector ha recurrido
á las armas de España,
y el excelso Felipe complacido

fia en nosotros la gloriosa hazaña
de vengar su ignominia y abandono
cobrando al Elector su antiguo trono,
porque del desvalido jamas dexa
su inclito corazon de oir la queja,
y porque siendo esta Ciudad hoy día
el centro de la pérfida heregia
teme que su contagio ponzoñoso,
por quanto mas vecino mas dañoso,
vuelva á infestar la Flandes,
en quien á fuerza de fatigas grandes
el Católico bando
la ceguedad confusa va extirpando;
y pues vencido el que la sirve foso
del Rhin soberbio, el Ersta bullicioso.

A

ba-

Siempre triunfa la Inocencia.

hace efecto notable
en las murallas con tenaz porfia
el fuego de una y otra batería,
temple su ira implacable
mientras de mi piedad estimulado
le intimo á Federico nuevamente
la entrega ó la ruina; si prudente
elige lo primero, habré logrado
sin efusion de sangre la victoria,
que esta es de un vencedor la mayor
gloria;

pero si á la razon su oído cierra
sufrirá toda la ira de la guerra. (sia
Mond. Vive Christo, Señor, que es dema-
gastar con los hereges cortesía;
ved quanta fue la suya:

D. Juan Chacon pasó con orden tuya
á reconocer la Isla, y sorprendido
por número mayor con cien Soldados,
despues de haber cumplido
sus deberes heroicos y esforzados,
menos los que murieron,
á la infiel Plaza conducidos fueron,
donde con alborozo de la plebe,
que á humanos sentimientos no se
mueve,

de una hoguera en las llamas fulmi-
nantes

rindieron sus espíritus constantes.

Aguil. Federico Cloet no es tan prudente
como altivo, colérico y valiente,
de donde en vano espero
le venza la razon, sino el acero.

Alex. Vuestra opinion no arguyo, (yo
Maestres de Campo, mas si el furor su-
no se rinde á partido,
¿qué se pierde en haberlo pretendido?
Entonces honestada
ya la razon decidirá la espada,
que mayores empresas facilitan,
como tantas victorias acreditan,
un Diego Mondragon, honor y espejo
del nombrado por gloria Tercio viejo,
un valiente Francisco Bobadilla,
un fuerte Juan del Aguila, en quien
el militar espíritu y el arte, (brilla
un gran Marques del Basto, horror
de Marte,

sin contar otros ínclitos guerreros,

lo mismo naturales que extrangeros,
con quienes no hay obstáculo que
estorbe

rendir, no ya la Plaza, todo el orbe.
Truch. No es mucho, no, si nuestros pe-
chos arma

la imitacion de un Príncipe de Parma,
Alexandro Farnese,
cuya justa alabanza jamas cese,
asunto de los bronces peregrino,
modelo de los héroes, y sobrino
de un Felipe Segundo,
dueño de Flandes, árbitro del mundo.

Alex. Tocad, y enarbolad una bandera.
Clarín y bandera.

Mend. La expresion lisonjera
del Flamenco desprecia noblemente.

Aguil. Su nombre á su alabanza es su-
ficiente.

Salen al muro Federico Cloet y Soldados.

Feder. Alexandro Farnese, á la llamada
respondo por costumbre inveterada,
no porque á pactos reducirme espere;
ó morir ó triunfar Novesia quiere.

Alex. ¿Eres tú Federico
Cloet?

Feder. No sé quien soy: mi nombre ex-
en idioma de fuego. (plico

Alex. Ese despecho iniquamente ciego
castigará valiente mi osadía
si la Ciudad no entregas en el día
á su señor legitimo.

Feder. Esta Plaza,
que vuestras presunciones embaraza,
al trono de Alemania corresponde;
la conquistó para su Cetro el Conde
de Meurs, sin que á Cloet le previniese
que al antojo de España la rindiese.

Alex. El Conde la ganó por interpresa,
usurpándola injusto al propio dueño,
y España en recobrarla se interesa.

Feder. Si las armas de España hacen
empeño,

no dudamos que logren la victoria,
mas ha de eternizarse tal memoria
con las letras que en mármoles escriba
el estrago, el horror, la sangre viva.

Alex. Si hará; pero vosotros reducidos
pudierais pretender justos partidos

de mi corazon recto.

Feder. A tal propuesta, (puesta.
si respuesta esperais, no hay mas res-
Disparan desde el muro una descarga
de fusileria, y se entran.

Mond. Señor...

Aguil. Señor...

Mond. ¿Estais herido?

Alex. Nada; (rada
mirad aquel Soldado en quien la ay-
furia del plomo executó la herida.

Ag. Segun obervo existe en mejor vida.

Alex. Mucho en tal caso siento
no poder dividir mi propio aliento
porque su corazon vivificase. (clase

Mond. Y yo siento que injuria de tal
tolere un Alexandro. ¡Vive el cielo!

¡Que no brote peñascos este suelo,
sobre cuya eminencia
subiese á castigar una violencia
tan péfida é infame me!

sin que á la espada en mi socorro lla-
porque para enemigos insolentes
son bastantes las manos y los dientes.

Al. Si, Mondragon, de vuestro aliento fio
empresas superiores; pero el brio
de ese ebrio delirante (*) (te.

no se ostentará siempre tan constan-
Prevenid el asalto, que mañana,
quando la aurora ufana

lllore de gozo al ver el Sol naciente,

llorará por su ruina inutilmente

esta Ciudad rebelde y fementida,

donde no ha de quedar aleve vida

segura de la llama y el acero,

quando á su impulso fiero

para vengar traicion, afrenta y dolo

cada piedra construya un mauseolo. v.

Mond. Eso sí, y entretanto que la saña
sacia su sed decid que viva España.

Vanse con caja y clarin.

Acampamento de los Españoles con selva

corta; salen el Coronel Diego Avila,

el Sargento Francisco Aibar y

Madama Margarita.

Avil. Desde hoy le deberá Marte

todos sus triunfos á Venus

si á inspirar vienen tus ojos
los militares alientos:
has llegado el mismo día
en que el asalto dispuesto
ya no esperan nuestras armas
sino el último precepto,
y me es sensible, porque
con la ternura del sexó
femenil jamas se adaptan
las imágenes del riesgo.

Marg. No hay riesgos que le amedrenten
al amor si es verdadero;
¿quánto mas asegurada
estará mi vida de ellos
con las armas Españolas
y entre los brazos de un dueño
querido, cuyo valor
fue el estímulo primero
que para adorarle fina
graduó mis nobles afectos,
que en la Quinta junto á Gueldres
donde mientras el bloqueo
de Novésia me dexaste?
porque el enemigo fiero
á continuas correrias
tala sus campos amenos,
sin perdonar sus rigores,
vida, calidad, ni sexó;
demas que ofende mi lustre
el que duda de mi esfuerzo.
Nacida entre los horrores
marciales, no me estremezco
á los estragos del plomo
ni al estrépito del fuego.

Aib. No es malo eso por mi vida,
porque nosotros nos vemos
cerca de las avanzadas,
y de momento á momento
sueltan unos paxarillos
por el ayre los perversos
sitiados, que á las orejas
no hacen muy grato gorgoe.

Avil. Vé aquí, el Sargento Francisco
de Aibar, de mi mismo Tercio,
quiere postrarse á tus plantas:
es mi amigo muy estrecho,
y su espíritu y valor

res-

(*) Se escribe que Federico Cloet usaba los licores espirituosos con exceso.

respetado entre los nuestros.

Aib. Mi Capitan me honra mas, señora, que yo merezco, pero en fin tal como fuere siempre soy criado vuestro.

Marg. La expresion estimo, y el desembarazo celebro.

Aib. Señora, los Españoles, y mas los del Tercio viejo de Flandes, pocas palabras, pero siempre el pecho abierto para los amigos. Diga mi Capitan si yo miento.

Avil. Aibar, no todos poseen un corazon como el vuestro, sencillo, valiente y noble, qualidades que me hicieron apreciarle y distinguirlo; bien que el grado es tan diverso, porque la suerte tal vez no apoya al merecimiento; pero dexando esto aparte, id á buscar á Guillermo Truches.

Aib. Hago un sacrificio, mas es fuerza obedeceros.

Marg. Desdichas, Guillermo Truches *ap.* está en este Acampamento.

Avil. Vos le aborreceis, y yo ignoro la causa.

Aib. Eso facil está de inferir; hoy es del partido nuestro, mañana sirve al de Orange, esotro dia le vemos animando nuestras huestes, y á nombre de aventurero; (bien que ahora ya es Coronel en los Borgosñones cuerpos) va donde su conveniencia le dirige. Ademas de esto me parece que el tal Truches reza en arábigo el credo: ved si un buen Español puede con estas maulas quererlo.

Avil. Pues yo le estimo, y con todo de buen Español me precio, porque quanto de él sospechan es ilusivo concepto

de aquellos que comunmente sienten ver á un estrangero ensalzado.

Aib. No señor; en este campo hay diversos, y segun sus procederes se les guarda aquel respeto que es debido; pero Truches.... Finalmente lo que siento es que quien me llame amigo lo sea suyo. Por cierto que en el ataque de Amberes no vino él á defenderos.

Avil. Es verdad, mas no hizo falta estando allí el valor vuestro, pues cercado de enemigos, solo vos...

Aib. Dexemos eso, que en otra ocasion tambien en Gueldres hizo lo mesmo mi Capitan por mi vida. Señora, nada pondero: me tenian acosado los enemigos en medio de su turba, yo hecho un tigre, ya reparando, ya hiriendo defendia el individuo, pero faltando el terreno á mis pies, iba á cortarme un herejote el pescuezo; llega como un exálado mi Capitan á este tiempo, y de un tajo le derriba brazo y espada en el suelo, á cuyo terror los otros vergonzosamente huyeron; con que... pero Truches viene, agur, que ya nos veremos. *vase.*

Dieg. Id con Dios.

Marg. Tambien quisiera retirarme, pues me siento fatigada. No es sino *ap.* por evitar este encuentro. A Dios, y ten entendido que un yerro de amor, si es yerro anhelar un pecho amante la presencia de su dueño, no es acreedor al castigo de un nada urbano despego.

Dieg.

Siempre triunfa la Inocencia.

Dieg. ¿Y por qué me reconviene con tan extraño argumento?

Iarg. Porque quando imaginaba que nuestras almas al vernos renovasen amorosas sus recíprocos afectos me miras con un desden muy desconocido y nuevo. Vivo segura, bien mio, de que no te le merezco, pero no obstante si gustas se dispondrá mi regreso, porque tú vivas tranquilo, aunque yo sufra muriendo.

Y si agita tus ideas tal vez otro sentimiento, comunícale á una esposa que está en tus ojos leyendo la razon de sus destinos, ó favorables ó adversos, ¿y quién como quien te adora procurará tu consuelo? pero si á fuer de valiente, audaz, altivo y guerrero, entiendes que mis finezas afeminaran tu aliento, sabe que de las fatigas marciales tal vez fue premio el agrado de una dama, cuyos favores, muy lejos de acobardar estimulan; porque el vencedor soberbio jamas adornó sus sienes de mas digno lucimiento que quando laurel y mirto su corona entretegieron. Mas quando yo presumiese que desmayaba en tu excelso corazon tu heroyco brio por dedicarte á mi obsequio, sabria vivificarle la imitacion de mi exemplo, y si no sustituirle en los militares riesgos, pues despreciando la vida, la sangre, el terror, y el miedo, daré á entender animosa, que si del amante seno falta tu fiel corazon

es porque vive en mi pecho. *vase.*

Avil. Esposam: mas Truches viene, que se detuvo leyendo no sé qué carta. Despues satisfaré los rezelos de Margarita, tan facil fuese que mi pensamiento averiguase las dudas en que se confunden viendo que Alexandro indiferente á mi valor y consejo parece que disgustado conmigo::

Sale Truch. Señor Don Diego de Avila, sé que ha venido á honrar el acampamento desde Gueldres vuestra esposa, y como yo me intereso en vuestros placeres, quise ser uno de los primeros que os diese la enhorabuena.

Dieg. Yo la recibo y la aprecio, aunque sea inoportuno su arribo en el fatal tiempo donde las seguridades estan cercadas de riesgos; despues de eso ya sabeis quanto Alexandro es opuesto á que en los trances de guerra haya mugeres por medio, pues juzga que sus favores afeminen sus guerreros; mas me escribió desde Gueldres, (como os hice manifesto) que á todo trance queria satisfacer los deseos de verme, y me fue preciso condescender á sus ruegos.

Truch. Hicisteis bien, que un amor tan sencillo y verdadero merece igual recompensa. ¡Desdichas hay mas veneno *ap.* para un corazon zeloso!

Dieg. Y asi mientras á su obsequio me dedico breve instante no abandoneis este puesto, que como el mas avanzado hácia la Ciudad y menos defendido, algun espia

puede salir, y es precepto de Alexandro, si se encuentra llevarla á sus pies excelsos para saber el estado de la Plaza, pues no siendo encargo particular, bien confíáosle puedo, y aunque lo fuese, porque sé muy bien que quando dexo en vos mis obligaciones no falto á su cumplimiento. *vase.*

Truch. Ya sabeis que he sido siempre vuestro amigo el mas afecto.

¡Ah, si conocieras bien los rencores de mi pecho! Pues ha venido la ingrata justamente al mismo tiempo que me previno su esposo, por cuyo motivo tengo dispuestas mis precauciones para robársela, puedo::
¿Mas no es el Capitan Peuchner quien baxo el disfraz grosero de Burgues á mí se acerca?

Peuchner::

Sale Peuch. Sí, yo soy Guillermo, que aguardando que os dexasen solo, he existido encubierto hasta ahora.

Truch. Dadme nuevas de Federico.

Peuch. Este pliego os informará de todo.

Truch. Nadie nos observa: leo,

“En vista de vuestro aviso,

”para esta noche he dispuesto

”la salida por la parte

”que me prevenis. Ya tengo

”para la Dama que habeis

”de traer alojamiento

”acomodado. La Plaza

”provista de bastimentos

”de boca y guerra, no teme

”las porfias de un asedio

”dilatado, aunque en el muro

”causa demasiado efecto

”la artilleria contraria;

”pero con el favor vuestro

”confio que he de salir

”ayroso de tanto empeño.

”Federico Cloet.

todo

contribuye á mi deseo;

¿habeis traído la carta

con el sobrescrito á Diego

de Avila, en que ha de escribirle

Federico, suponiendo

su inteligencia en la misma

sorpresa que pretendemos?

Peuch. Vedla aquí.

Truch. Dadme, que yo

la haré servir á su tiempo.

Peuch. Yo no apruebo, sin embargo

de que á la orden me sujeto,

que por la puerta de Neder

se envista el acampamento,

poniendo el éxito en duda,

pues la cercan con sus tercios

Espanoles Bobadilla

y Mondragon, dos guerreros

cuyo nombre inspira el susto

y el terror entre los nuestros;

mas á propósito juzgo

seria haberla dispuesto

por el portillo que cae

sobre el Ersta, destruyendo

los Cuarteles Italianos.

Truch. No penetrais mis intentos;

mas pues nadie nos escucha

habré de satisfaceros.

Quejoso de mis hermanos

los Truches, que poseyeron

mucho tiempo estas Colonias,

y hoy las obtienen de nuevo,

pasé á servir en los Reales

Católicos, posponiendo

patria, religion, y honor

á mi vengativo incendio;

desagraviado despues,

ó mas agraviado de estos,

procuro restituirme

á mi religion y suelo

nativo, pero antes debe

sufrir un rasgo ligero

de mi venganza Alexandro

y ese Capitan soberbio

contra quien ha de servirme

la cicuta de este pliego:

de Alexandro , porque siempre
á mis designios opuesto,
ni mis méritos aprecia,
ni confia de mi esfuerzo;
tal que habiendo pretendido
cierta expedicion, empeño
muy propicio á mis ideas,
la confirió en mi desprecio
á Diego de Avila , que este
no es el menor fundamento
de mi rencor en su ofensa.
Tambien casi al mismo tiempo
festegé en Grave á Madama
Margarita ; pero siendo
destacado á sosegar
algunos Burgos inquietos,
Diego de Avila en mi ausencia,
sin tener de mis afectos
noticia , la amó rendido,
y la ingrata , no atendiendo
á mi anticipado culto,
ni á que el mismo patrio suelo
nos era comun , cedió
al Español el trofeo;
verificándose en él
la dicha del Extrangero.
Volví , la encontré casada,
remiti al mudo silencio
mis rencores , y ostentando
que en las dichas me intereso
de mi usurpador injusto
por disimular los medios
de mi venganza , me juzga
su amigo mas verdadero,
circunstancia que no poco
contribuye á mis intentos,
y le voy con Alexandro
cautamente indisponiendo;
hoy ha llegado á los Reales,
la injusta , el único objeto
de mi pasion y mi enojo;
ha de ser su alojamiento
la tienda de mi enemigo,
que avanzada de su tercio
facilita en la sorpresa
vuestra gloria y mis deseos,
pues entre las confusiones
nocturnas, entre el estruendo
de los furóres de Marte,

la robaré á su despecho;
y conducida á la Plaza,
de quien no tan facil creo
la expugnacion, lograré
vencer sus desdenes fieros,
pues conceptuado su esposo
por traidor , segun espero
en virtud de mis ardides,
postrará á un cuchillo el cuello,
suceso que debe hacerme
de su mano árbitro y dueño;
ved el motivo de que he ya
por esta parte dispuesto
la meditada sorpresa,
de quien mis dichas espero.

Peuch. Federico mismo quiere
salir en persona á un hecho
tan pausable.

Truch. Pues á Dios,
y ampare la empresa el Cielo. *vase.*
*Acampamento de los Españoles , cuyas
tiendas y baterias deb.rán figurarse á
la derecha , siendo la tienda que caiga
mas hacia el foro la de Diego de Avila,
suponiendo la Ciudad á la izquierda: el
teatro estará obscuro , y salen por los
bastidores de la izquierda todos los
Españoles , menos Alexandro.*

Aguil. Reconocida la Plaza
y el campo , yace en silencio
todo ; y no como otras noches
el enemigo soberbio
incomoda á nuestra gente
con sus incesantes fuegos:
no parece sino que
descansa en el dulce seno
de la paz la que mañana
será teatro sangriento
de la guerra.

Mond. ¿ Veis , Don Juan
del Aguila , ese sosiego?
pues no le creo seguro.

Aguil. No ignorarán que ha resuelto
Alexandro su ruina.

Mond. Aun Federico por eso
ahora estará entre los brindis
su equipage disponiendo
para la marcha.

Aguil. ¿ Pues donde

va Federico?

Mond. Al infierno.

¿Adonde quereis que vayan
los secuaces de Lutero?

Aguil. ¿Diego de Avila?

Avil. Señor.

Aguil. ¿Qué hace Alexandro?

Avil. Leyendo

en su tienda le dexé
ha un corto instante, que el resto
de la noche, despues que hubo
rodeado el acampamento,
y distribuido todas
las órdenes para el nuevo
trance del Griego Alexandro
se le dedica á los hechos.

Aguil. Si á su imitacion aspira
excederá con extremo
la copia al original.

Mond. Infatigable es su aliento.

Vamos á reconocer
lo que falta, y pasaremos
la noche dada á los diablos
para dar el día á perros.

Aguil. Vamos, señor Capitan (*derecha.*
Diego de Avila. *vans. por la*

Avil. Siguiendo

vuestros pasos voy ; Oh quanto
de mi Margarita siento
la incomodidad forzosa.

Aib. Ahora ya estará durmiendo
en la tienda segun vino
fatigada.

Avil. No me atrevo
á detener en mirarlo.

Vamos, pues. *vans. por la derecha.*

Aib. Vamos por cierto.

Sale Truch. ¡A quien espera una dicha
quán perezosos y lentos

le parecen los instantes!
Mi enemigo recorriendo
va el campo con los Maestres.

¡Ah desdichado Guillermo
Truches, si hoy no verificas
tus amantes pensamientos!

En mi poder esta ingrata
cederá tal vez... Ya es tiempo;

¿á qué espera Federico?

La impaciencia de mi pecho

es tanta que me propone
un siglo cada momento.

Mas si el deseo no engaña,
ya me parece que veo

Van saliendo de la izquierda Cloet, Peuchner y Soldados con mucho silencio y cautela, y se entran unos por las tiendas y otros por los bastidores.

gente que desde los muros
al Campo se avanza ¡Cielos
proteged nuestras ideas!
sin duda serán los nuestros.

Feder. Vencidas las avanzadas,
y sus centinelas muertos,
hemos llegado á los Reales,
nuestro es el triunfo: Silencio,

Se entran como se ha prevenido.

Truch. Mal haya la obscuridad,
que me impide conocerlos;
pero bien haya mil veces,
pues en ella considero
la seguridad del trance.

Mis gentes son con efecto.

Ea pasion amorosa,
tranquilízate en mi pecho
para que el valor unido
á mi rencoroso incendio
no se afemine en tus brazos
hasta lograr el trofeo:

Tocan una arma muy viva de caxa y clarín, tiros, voces, y se ven arder algunas tiendas.

Voces. Españoles á las armas.

Otros. Mueran todos.

Truch. Ahora es tiempo
de asegurar mi ventura;
corazon no desmayemos.

Entra en la tienda de Avila.

Salen los Españoles retirando á Federico y los suyos por la derecha, y entran todos por la izquierda, y se oyen tiros de cañon.

Españoles. Mueran los traidores.

Otros. Mueran.

Otros. Huyamos.

se entran

Sale Truches de la tienda con espada desnuda y Margarita desmayada en los brazos.

Truch. Juzgo que el Cielo

favorece mis designios,
pues un deliquio grosero
aun el uso de las voces
embaraza á sus alientos.
Mas hay que los nuestros huyen
por todas partes dispersos.
Por ahora será difícil
incorporarme con ellos;
pero en el monte vecino
á la Ciudad, cuyo denso
boscage se oculta al dia,
podré esperar encubierto
la ocasion de que regresen
los Españoles, y luego
entrarse antes que amanezca
en la Plaza. Ingrato objeto
de una pasion mal premiada;
ven donde adquieras un dueño,
si no tan favorecido,
mas amante por lo menos.

*Va á entrarse con ella por la izquierda,
y sale al encuentro Diego de Avila, y
Aibar con espadas desnudas.*

Aib. Alto allá. ¿Quién es?

Truch. ¡Oh furias!
matadme.

Avil. ¿Truches qué es esto?

Truch. Esto es que habiendo acudido
á las voces y al estruendo,
al pasar por vuestra tienda
oí los dolientes ecos
de esta Dama, que tal vez
sobrecogió sus alientos
el impensado bullicio:
entro en la tienda, la encuentro
desmayada, y la saqué
por si benéfico el viento
contribuía á su alivio;
vuestra esposa considero
que será, y me doy mil veces
la enhorabuena á mí mismo
de haberos servido en lance
tan oportuno y estrecho:
recibidla en vuestros brazos;
mas parece que volviendo
va en sí.

Avil. Quien sino vos, Truches:::

Truch. Dexad agradecimientos
vanos, que son insufribles

entre amigos verdaderos.

Aib. Ve hay la primer cosa buena. *ap.*
que el tal Truches habrá hecho.

Marg. ¡Ay de mí! Donde:::

Avil. Respira,
y disipa tus rezelos.
que en mis brazos::: pero aquí
llegan triunfantes los nuestros.

*Salen por la izquierda Alexandro y los
Personages Españoles con algunos Sol-
dados que traen un prisionero, y luces
con que aclara el teatro.*

Mond. Hasta que en sus propios muros
los encerró nuestro acero
no dexó de perseguirlos.

Alex. Extraño su atrevimiento.

Soldado llega. ¿Es posible
que emprendiese tal arresto
Federico, quando aguarda
por instantes el tremendo
fallo de su postrer ruina?

Sold. Juzga su ruina muy léjos,
pues le sirven los avisos
para precaver su riesgo.

Alex. ¿Qué avisos?

Sold. Si vuestra Alteza
me otorga la vida ofrezco
descubrirle la verdad.

Alex. Sí, pero no es ahora tiempo;
custodiadle.

Truch. ¡Si sabrá
mis designios, santos Cielos!

Alex. Truches, á vos que sabreis
mejor su idioma os le entrego.
Exáminadle despacio.

Truch. Mi gloria es obedeceros.
Ve aquí el lance en que la carta
tenga su debido efecto.

Alex. Diego de Avila.

Avil. Señor,
mi esposa y yo á los pies vuestros:::

Alex. ¿Vuestra esposa? No me admiro
de esa suerte de no haberos
visto en el trance.

Avil. Yo sí,
porque si no fui el primero,
no fui el último, y extraño
que no me vieseis, mas siendo
puesto en fuga el enemigo,

vine en alas del deseo
á socorrer á mi esposa
si padeciese algun riesgo.

Alex. Humanidad y deber
lo exigen. No está mi pecho
exhausto de esos impulsos.
Mas si es vuestra esposa pienso
que pududierais escusaros
la molestia de tenerlos,
pues la Campaña de Marte
no es digno Alcazar de Venus.
vuelve la espalda.

Dieg. Señor:::

Alex. Pero en esta tienda
no hizo estrago alguno el fuego.

Truch. Esa fue mi astucia.

Alex. Y es
arta admiracion habiendo
incendiado el enemigo
otras que estaban mas léjos.
¿De quién es?

Avil. Señor es mia.

Alex. Os trataron con respeto.

Dice que hay inteligencia *ap.*
el Soldado prisionero,
si acaso, Avila, pudiese:::
ciertos avisos secretos
de su conducta::: Mas no,
es español, no lo creo.

Mond. ¿Señor, de qué vuestra Alteza
se ha quedado tan suspenso?

Alex. Maestres de Campo, es preciso
diferir un corto tiempo
las órdenes del asalto,
para que en este intermedio
los estragos se reparen
que de la sorpresa infiero,
y despues saciareis todos
el digno ilustre deseo
de satisfacer la injuria.

Entonces al valor vuestro
todo ha de ser permitido.

La muerte, la sangre, el fuego
derramarán sus horrores
sobre este triste Emisferio,
sin que indemnice la ruina
carácter, edad, ni sexô,
que de este y mayores triunfos
adornar mi gloria espero

con un ejército donde
parece que un solo aliento
mueve el impulso de todos,
y donde todos resueltos
sacrifican á la Patria
y al Rey sus heroicos pechos;
donde no hay afeminados
amantes, ni hay encubiertos
traidores. No, no los hay,
mienten informes siniestros,
porque si hubiere traidores,
vive Dios que me avergüenzo
de considerarlo solo,
no encontraria tormento
suficiente á su castigo,
y entre dilubios de fuego,
sepultado el agresor,
bárbaro, enemigo y fiero,
despues que hubiesen las llamas
purificado sus yerros,
sus venenosas cenizas
entregaria á los vientos.

Vamos á ver el estrago
que Federico nos ha hecho. *vase.*

Tod. Viva Alexandro Farnese
á los siglos venideros.

Truch. Ven, Soldado, y nada temas.

Sold. Vamos.

Truch. Cobardes rezelos
calmad, que no desconfio
del logro de mis deseos. *vase.*

Marg. ¿Qué es esto, esposo? ¿con quién
habló Alexandro?

Avil. No puedo
persuadirme que Alexandro
dirigiese á mí su acerbo
disimulado discurso;
(en qué de dudas me anego)
porque Alexandro bien sabe
si en el venturoso tiempo
que gobierna estos Países
ha habido faccion ni empeño
en que no adquiriese parte
en sus laureles mi esfuerzo.

Marg. Ve aquí, esposo, los motivos
de tu oculto sentimiento
que yo juzgué en mi desayre,
sin embargo que no dexo
de padecerle, pues quando

no me le confías creo
no me juzgas suficiente
á poder darte consuelo.

Avil. ¡Ah! No pongas tu cordura
ni mi amor en tal concepto.
Ni en mí hay sentimiento alguno,
ni es capaz de promoverlos
el capricho de los hombres
en mi corazon. Observo
mi deber exáctamente,
y soy insensible al resto
de las preocupaciones;
y así quando fuese cierto
que este héroe mal informado
vibre contra mí su ceño,
nuestro Soberano Augusto
no conquista un orbe nuevo,
porque este en su extension vasta
viene á su poder estrecho.
Pues ínterin no me falten
mi corazon y mi acero,
sobrarán triunfos que lleven
el informe al universo
de que Avila jamas pudo
ser digno de menosprecio.

Marg. Pero en tanto...

Avil. En tanto vivo
en mí propio satisfecho;
mas ya por el horizonte
va anunciando los reflexos
del sol la risueña aurora,
y dan principio á sus fuegos
una y otra batería,
vamos, Margarita, al centro
del campo, donde otra tienda
te asegure de igual riesgo.

Marg. Vamos; y pues el asalto
tan próximo considero,
solo, esposo, te suplico
que reflexes tu ardimiento
en el trance, y no el valor
te haga olvidar del consejo,
porque si pierdo tu vida,
¡ay, bien mio! ¿qué no pierdo?

Avil. Respira sin sobresalto,
y no temas, pues si llevo
tu imagen en mi memoria,
tu corazon en mi pecho,
¿qué temerario enemigo

podrá resistir soberbio
á un rayo con dos impulsos,
á un alma con dos alientos?

Marg. ¡Ay quan dulces al oido
son tus amantes requiebros!

Avil. Y quan vano de la ofrenda
quedará un amor sincero
quando admite grato el numen
sus sacrificios honestos.

Marg. ¿Quién pudiera rehusarlos
por nobles y verdaderos?
vamos, dueño mio.

Avil. Vamos;
y entre el horror...

Marg. El estruendo...

Avil. De los estragos del plomo...

Marg. De la amenaza del fuego...

Avil. En nuestras constantes almas...

Marg. En nuestros invictos pechos...

Los 2. Viva el amor, sin que á Marte
le obscurezca los trofeos.

ACTO SEGUNDO.

Selva con una tienda de campaña practicable. Salen por ella Truches y el Soldado.

Truch. Esto has de hacer, no tan solo
porque yo te lo suplico,
mas porque en su execucion
haces un gran beneficio
á la Religion y patria
que adoro, venero y sirvo,
aunque me encuentras ahora
entre nuestros enemigos.
Yo te llevaré á Alexandro,
y á mas de quanto advertido
he dexado á tu cordura
le dirás que Federico
te encargó que en la salida
te retirases á un sitio
donde debia esperarte
el que nombra el sobrescrito
de esta carta, que en su mano
deberás poner tú mismo,
y no rezeles, que en todo
respondo de tu peligro.
Aguárdame en esa tienda,

pues ya quedas instruido
de mi intencion, y en señal
de quanto á honrarte me obligo,
este de mis recompensas
será el mas pequeño indicio.

Le da un bolsillo.

Sold. Señor, para mi humildad
el mayor premio es servirlos. *var.*

Truch. Si esta ocasion no me hubiese
proporcionado el destino
de manifestar la carta
se la hubiera atribuido
á un cadaver de los muchos
que en el terrible conflicto
anoche quedaron. Fiera,
á pesar de tus devios
habrás de condescender
á mis amantes cariños;
aunque se rinda la Plaza
no es obstáculo preciso
á mis ideas, porque
preso una vez mi enemigo,
y por traidor entregado
á un rigoroso cuchillo,
no hay quien estorbe á mi astucia
conducirla al patrio nido,
y mas hoy, que mis hermanos,
depuestos odios antiguos,
por medianeros ocultos
se congratulan conmigo.
Pero la ingrata se acerca
aquí: valor, necesito
disimular los rencores
que en el corazon reprimo.

Sal. Marg. Sabeis si acaso Don Diego
de Avila.. Pero qué miro...

Vos, Truches...

Truch. ¿De qué os turbais?
¿os pesa de haberme visto?
¿ó es que temeis en mis ojos
las iras del basilisco?
Yo, yo soy Guillermo Truches,
el que os venera rendido
como siempre; pero ahora
con diferente motivo.
¿Temeis las reconvenciones
de un corazon poseido
de los zelos? Es en vano.
Yo no atribuyo el delito

de vuestra mudanza á vos,
sino á mi fatal destino.

Marg. Mudanza seria quando
tal vez yo hubiese admitido
vuestro amor; pero ya os consta...

Truch. Tened, Madama, os suplico,
y evitadme por lo menos
el triste rubor de oirio,
porque nunca lo quejoso
llegue á desayrar lo fino,
pues sea como gustareis,
yo entré dentro de mí mismo,
y reflexionando que
no está siempre á nuestro arbitrio
el aborrecer ó amar
disipé mis desvarios
infaustos, sustituyendo
en su lugar los precisos
respetos que se le deben
á la esposa de mi amigo.

Gozad en lazo felice
tan dulce union muchos siglos,
que un alma como la mia
de rencores tan iniquos
no admite la impresion baxa;
de mas, que si lo averiguo
hizo justicia la suerte;
pues quién, señora, mas digno
de poseer tal ventura
que el felice amigo mio:
quedad con Dios; y pues siempre
me dedicaré á servirlos,
me encontrareis con frecuencia,
en cuyo caso os repito
que no os turbeis recordando
memorias dignas de olvido,
pues quedo muy satisfecho
por un rasgo de heroismo
aunque yo pierda tal dicha
de que la logre mi amigo.
Poco cuesta el fingimiento
á un corazon como el mio.

vase.

Marg. ¡Ah, qué alma tan generosa!
¡Jamás hubiera creido
en Truches igual cordura!
Bien hice en no dar aviso
á mi esposo, pues lo ignora
de sus afectos antiguos,
porque en tal declaracion

solo hubiera conseguido
hacer á dos corazones
que hoy une el mutuo cariño,
exponiendo mi decoro,
implacables enemigos.
Pero Diego.

Salen Avila y Aibar.

Avil. ¿Margarita?

¿Cómo sola en el recinto
del acampamento?

Marg. Al ver

que tardabas he salido
de la tienda un breve espacio
á disfrutar el propicio
pais que ofrece á la vista
el orden distributivo
que observan entre sí tantos
portátiles edificios;
y como del campo es este
el menos expuesto sitio
me quedé en él á esperarte.

Avil. Bien mi amor te ha merecido
ese cuidado, porque
ausente de tí no vivo;
mas la sorpresa de anoche
á todos ha conducido
á recibir orden nuevo
de nuestro General visto
que el del asalto es forzoso
quede por hoy suspendido
para emendar sus resultas.

Marg. Debí de ser excesivo
el estrago.

Aib. Friolera:

rompieron los enemigos
las avanzadas, mataron
centinelas quatro ó cinco,
penetraron nuestros Reales,
y clavaron á su arbitrio
unas quantas piezas; es
de alabar su gran sigilo:
y yo no sé como tienen,
siempre cargados de vino,
tan buen acierto. El demonio
los ayuda á estos malditos.

Avil. Vamos, Sargento, que es fuerza
distribuir los precisos
órdenes, y dexaremos
en su tienda de camino

á Margarita.

Aib. Sí, vamos,

no venga por ahí el tio,
y nos regañe otra vez
si nos halla entretenidos
en plática con Madama.

Marg. ¿Pues qué en todo este distrito
no hay mas mugeres que yo?

Aib. Si hay, porque de continuo
concurren al campo varias

de los lugares vecinos,
puesto que en Flandes la guerra
se ha hecho comun exercicio,
y ya no solo las damas
se divierten con los tiros,
pero al eco del clarin
suelen arrullar los niños;
mas Alexandro rezela
que distraigan sus invictos
guerreros, por eso no es
contra las feas su ahinco,
sino contra las bonitas;
y á mi entender es delirio,
pues en unas y otras hallan
los hombres igual peligro:
yo he visto un hombre de gusto
que vivia embebecido
en los ojos de una tuerta.

Marg. Tenia un gusto exquisito.

Avil. Vamos, que el tiempo insta.

Marg. Vamos.

Al mirar tan distraido

á mi esposo en sus ideas

mal mis temores resisto. *vanse.*

*Tienda principal adornada vistosamente
de todos los trofeos militares: Alexan-
dro suspenso, y todos los Xefes Es-
pañoles á sus lados.*

Mond. Señor, ¿cómo vuestra Alteza

transportado y discursivo

á la distraccion se rinde?

¿pudiéramos persuadirnos

que su corazon valiente

desconfiase o remiso

por la esadia de anoche

de concluir este sitio

con felicidad?

Alex. Don Diego

Mondragon, es tan distinto,

que en las rebeldes murallas
me parece que ya miro
tremoladas las banderas
del siempre Augusto Filipo.

Aguil. Mayores dificultades
en menos tiempo ha vencido
vuestro valor. En un día
las rindió y puso á su arbitrio
Adolfo Conde de Meurs.

Moná. ¿Pero cómo, amigo mío?
Por traicion, que de otra suerte,
aunque arrogante y altivo,
no sé yo cómo el tal Conde
del lance hubiera salido.
En otra edad Carlos Duque
de Borgonia el Atrevido
no las pudo conquistar
con doce meses de sitio:
su guarnicion no es ahora
de menor constancia y brio.

Alex. Pues en término muy breve
soy de parecer, amigos,
que expuesto el pecho á las balas,
sin cautelas ni artificios,
ha de ser su indocil muro
ruina suya, y quartel mío.

Aguil. Pues en tal inteligencia
¿qué es lo que puede afligiros?

Alex. Escuchad, ya que en vosotros
no se aventura el sigilo.
Ni la sorpresa de Amberes,
donde Alanson protegido
del ocio en breves instantes
pretendió triunfos de siglos,
ni el ataque de Rimberg
ferozmente sostenido,
ni sobre el undoso Elgelda
los nadantes edificios
que á ondas de fuego trocaron
sus raudales cristalinos,
ni otras empresas menores,
que por notorias no os cito,
á mi corazón sensible
causaron tanto conflicto
como la torpe sospecha
en que hoy confuso vacilo;
porque allí era nuestra sangre
el precio de aquel peligro,
pero de la infame nota

que á nuestro ejército invicto
se le ha de seguir no hay precio
equivalente ni digno.

Moná. ¿Qué sospecha?

Alex. Recatara,
si pudiese, de mí mismo
su vergonzosa noticia;
pero de vosotros fio
tanto como de mí. Ha tiempos
que me repiten avisos
de que en nuestras tropas vive
un traidor desconocido.

Aguil. ¿Un traidor?

Alex. Sí: la desgracia
de anoche y otros indicios
casi disuelven la duda.
El delator no es preciso
nombrarle, que entre nosotros
seria hacerle mal quisto,
y mas siendo un Español
en quien resulta el delito.

Moná. ¿Un Español? Señor, ved
lo que decis, vive Christo.
Un Español; ¿y quién puede
ser ese Español? Decidlo
vereis como sin usar
del afrentoso Ministro
á nuestra Nacion heroica
tan negro lunar la quito.

Aguil. Confuso estoy de escucharos.

Alex. No sé; declara que ha visto
á un cabo Español hablar
con gentes del enemigo,
pero impidió la distancia
el haberle conocido,
ved si....

Salen Truches y el Soldado.

Truch. ¿Gran Señor?

Alex. ¿Y bien,

Truches?

Truch. Habiéndome dicho
vuestra Alteza exáminase
al Soldado fugitivo,
lo puse en práctica; pero
insiste en que sus avisos
son de tanta consecuencia
que no puede descubrirlos
sino á vos, por cuya causa
á vuestros pies le he traído.

Alex.

Alex. Llega, Soldado, ¿qué tienes que decirme?

Sold. Señor cifro toda mi declaracion en este papel que rindo á vuestros pies

Alex. Bien está.

Quiero saber el delito, y el agresor no quisiera. Por ahora suspendo abrirlo. ¿En qué estado está la Plaza?

Sold. Puede tolerar un sitio dilatado, abastecida de los víveres precisos, mas las murallas padecen notable daño.

Alex. ¿Este escrito cómo habiais de entregarle habiendo anoche salido entre nuestros invasores?

Sold. A favor de aquel conflicto debí llegar á una tienda que me advirtió Federico seria indemne del fuego para señá, y con sigilo entregarle al que la habita.

Alex. Ya está el traidor conocido: *ap.* ¿saben mis resoluciones los sitiados?

Sold. Desde el mismo instante que aquí pusisteis la planta hasta hoy se ha sabido allá quanto imagináis; y no solo por escrito, pero tambien de palabra.

Alex. Verificóse el indicio, *ap.* vete, Soldado, que ya saber mas no necesito. Truchas, custodíadle.

Truch. Siempre á obedeceros aspiro. Llevadle vos.

Alex. Apuremos toda la ponzoña. Impío, *(sobre. mirando el traidor... leamos... En fin llegó el cruel lance. abriendo.*

Truch. Amigo, lleva al Soldado á mi tienda: *(Sold. tú esperame allí. Has cumplido. v. el*

Aguil. ¿Qué contendrá aquella carta?

Mond. ¿Quién sabe? Lo que yo admiro es que al leerla está Alexandro irritado y conmovido, que en su espíritu sereno es demostrar muchos visos del veneno que contiene.

Alex. Mirad ese sobrescrito.

Mond. Dice aquí: Al Capitan Diego de Avila, Cuerpo de Christo.

Aguil. Diego de Avila traidor.

Alex. Informaos del resto, amigos.

Mond. Señor Diego de Avila, esta

»noche saldré con sigilo
»por la parte que dixisteis,
»esperadme prevenido,
»y si á favor de las sombras
»se logran nuestros designios
»dando á Alexandro la muerte:»
Ya no puedo mas conmigo.

Alex. Leed.

Mond. Y quien tendrá paciencia para sufrir, á un leido, tal crimen?

Alex. Yo seguiré.

»Como me habeis prometido,
»vendreis á la Plaza, el premio
»pactado será efectivo;
y en mi vuestra esposa y vos
tendreis un seguro amigo.

Federico Cloet.

Mond. Debe

de estar loco Federico.
¿Pues qué el matar á Alexandro Farnese es juego de niños? Porque lo ha pensado solo debieran quemarle vivo.

Alex. No os altereis, y escuchad de mi corazon tranquilo

las voces, yo estoy seguro con vosotros, y conmigo, porque si al leer ese pliego mi alteracion habeis visto, no fue un raptó de la ira, si un afecto compasivo de la humanidad, al ver quan grave y atroz castigo debe sufrir el traidor en vista de su delito,

mayormente siendo antes
valiente, leal, y digno
de quantos elogios tienen
sus hechos engrandecidos.

Mond. Por eso extraño que ahora
haya dado en el capricho
de ser un traidor infame
aquel Capitan altivo,
que en repetidas facciones
por nuestros ojos le vimos
intrépido á la fortuna
é incontestable al peligro
inspirar el susto, siempre
vencedor, jamas vencido.

Truch. Tal nueva me constituye
estatua de marmol frio,
y mucho mas quando soy
de Diego amigo tan fino
que por él padecería,
no la nota, si el castigo;
mas por otra parte nada
extraño, pues siempre vimos
que el vulgar quando descende
de la virtud que ha seguido,
como es corta la eminencia
no es muy profundo el baxio,
mas la caída del héroe
no es descenso, es precipicio.

Mond. Pero el que llegó á pisar
la cumbre del heroismo,
domado el áspero ascenso
siempre se sostiene fixo,
porque en ella vive indemne
de los generales vicios.

Truch. ¿Puede el héroe prescindir
de ser hombre? El hombre adicto
á la mudanza, hoy será
valiente, leal y activo,
y mañana, por acaso,
traidor, cobarde y omiso.

Mond. No caben tales mudanzas
en un hombre bien nacido.

Truch. Mas si cupiesen:::

Mond. No caben,
y basta el que yo lo digo.

Truch. Señor Maestre de Campo
vos defendeis por capricho,
no por razones fundadas,
pues aunque yo no imagino:::

Mond. Señor Truches, los argumentos
que en Flandes tengo aprendidos
se deciden con la espada,
como el Mahometano rito,
en quanto toca al honor;
allá en la Ley de Cavilno,
como sabeis, habrá leyes
que apoyen quanto habeis dicho.
Ese culpado es un noble
Xefe de mi Tercio mismo,
y antes de decidir debe
hacerse exámen prolixo.
Porque servir hoy á España,
pasar luego al enemigo,
mudar patria, y Religion,
ahora leal, luego indigno,
eso es bueno para un Truches,
no para un Capitan mio.

Truch. ¿Que decis?

Mond. Lo que sustento. *las espadas.*

Alex. Tened; pues cómo atrevidos...

Truch. Señor...

Mond. Señor, ya sabeis
mi genio.

Alex. Pues reprimidlo,
y mas en lances que exigen
mas que valentía juicio.

Aguil. ¿Pero qué determinais
sobre este crimen?

Alex. Ahora idos,
que presto sabreis mi orden:
Truches, quedaos vos conmigo.

Aguil. Esto es por cortar el lance
que con él habeis tenido.

Mond. Sea por lo que se fuere,
cortado está, que no es digno
sino de mi baston Truches.
Sin embargo, este delito,
ni le acabo de creer,
ni debo dudarle.

Aguil. Amigo,
el corazon de los hombres
es un abismo de abismos. *vanse.*

Alex. ¿Decid, Guillermo, no habeis
averiguado advertido
nada mas del prisionero?

Truch. ¿Cómo, Señor, sino quiso
ni aun manifestar la carta
sino á vuestra Alteza?

Alex.

Alex. Estimo

su política atención.

¿Pero vos no me habeis dicho

que un Español en un bosque

á las murallas vecino

trataba con los cercados?

Truch. Si señor.

Alex. ¿Quién fue? Decidlo.

Truch. Ya os dije que por el trage

solo habia conocido

la nacion ; porque aunque quise

llegar mas cerca , el peligro

me contruvo ; y añadi

que me habia parecido

Diego de Avila en el ayre ;

pero afirmario de fixo::

Alex. Sí , sí : tened gran cuidado

con el prisionero.

Truch. Visto

su informe , á mí me parece.

Alex. ¿Qué?

Truch. Que es inutil aribtrio

el detener su persona,

pues ya todo se ha sabido.

Alex. No , no ; yo soy de dictamen

que el detenerla es preciso:

á vos os lo encargo , vos,

Guillermo, sabreis cumplirlo. *cas.*

Truch. Este precepto destruye

la trama de mis designios,

y es menester variarlas:

el Soldado detenido

podrá declarar un dia

la calumnia , quando miro

que no se procederá

tan ciegamente al castigo

de mi ofensa sin oirle,

y confrontados los dichos

de uno y otro , tal vez puede

el impostor convencido,

por el precio de la vida

descubrir mis artificios,

y que recibió aquel pliego

de mí , no de Federico:

matarie antes que suceda

seria el mejor arbitrio,

pero si soy responsable

de su persona , el peligro

quedara en su ser: entonces

penetrará los motivos

de su muerte todo el campo,

y el rayo que determina

dirigir á mi rival

recaerá sobre mí mismo.

Pues no , aconsejemos que huya

Diego , dándole el aviso

de quanto ocurre en su dafio,

(que él juzgará beneficio)

antes que logren prenderle;

pues si lo practica , es fixo

que el recurso de su fuga

acreditará el delito,

y en su ausencia me aseguro

de mis parciales y amigos,

para el robo meditado

en que mis dichas afirmo:

yo veré si la fortuna

protege á los atrevidos.

Otra tienda: Salen Margarita y Diego de Avila.

Avil. No , Margarita , no debo

adoptar ya los designios

que me sugirió el valor

de conducirme á distintos

climas , donde acreditase

quán infundados han sido

los desdenes de Alexandro.

Es menester que yo mismo,

en su presencia , averigüe

sus ignorados motivos,

para vindicar mi fama

de calumnias que adivino.

Yo juzgué que su entereza

para mí hubiese nacido

de la condicion mudable,

que casi es comun estilo

de los poderosos ; pero

hay sin duda otro motivo,

de otros resortes proceden

los efectos que exámino,

pues al distribuir la orden,

los camaradas y amigos,

que en mis tareas marciales

enxugaron compasivos

los sudores de mi frente,

hoy afectando desvíos

demostraban que tenían

rubor de alternar conmigo.

La causa ignoro: tal vez ese monstruo vengativo, que de las glorias ajenas forma sus propios delitos, la envidia de mis bazañas puede calumniarme indigno de coger su ilustre fruto: si esto es así, yo no vivo hasta examínar á fondo la inmensidad de este abismo. Voy á los pies de Alexandro, mis dudas le patentizo, le recuerdo mis victorias, le propongo mis servicios, y lograré destruir imposturas de enemigos, ó elegiré despedido el mas rigoroso arbitrio.

Marg. Detente. ¿El mas rigoroso? Yo me estremezco al oirlo. Imagina que el despecho jamas nace en un invicto corazon. A la fortuna debe oponer siempre altivo la constancia el varon fuerte, y no permitir omiso que el reprobio le confunda, ni le contraste el destino: de la Española nobleza tengo un retrato en tí mismo, y aunque Flamenca conozco la luz de su colorido. ¿Un Español que es en Flandes generalmente bien visto, debiera dexar su nombre en los Países que han sido, si contrarios á sus triunfos, de sus empresas testigos, con lunar tan injurioso torpemente envilecido? Que se acobarde á los golpes de su infelice destino el pusilánime inutil; pero el héroe en los conflictos debe acreditarse; debe con serenidad sufrirlos para vencerlos, que este es el verdadero heroismo.

Avil. Dices bien; pero el decoro::

Sale Aibar. Mi Capitan: he sabido::

Avil. ¿Qué?

Aib. Anda cierto rum rum por el campo, que si digo la verdad, me gusta poco: dicen que hay en nuestro mismo Tercio un traidor: vive cribas, que si sé quien es le birlo el alma. ¿en el Tercio viejo de Flandes tan denegrido borron? Aunque fuera el propio Maestre de Campo, de un chirlo le enviaba á los infernos.

Avil. Aibar, ¿no habeis inquirido en quien recae la sospecha?

Aib. Por eso me desatinó: yo no sé mas del asunto, ni oí, sino lo que he dicho. Mas quisiera que dixesen un pobre Sargento ha herido aquí á su Xefe, porque cumplió mal con el servicio, que no: Aquí ahorcaron á un Xefe, porque fue traidor é indigno.

Avil. Son sentimientos muy propios de vuestro valor.

Sale Truch. Amigo, huye al instante.

Avil. ¿Qué dices?

Truch. Que elijas el pronto asilo de la fuga: solo él puede salvarte de tal peligro. (esto?)

Avil. ¿Pues por qué? ¿Cómo? ¿Qué es

Truch. Alexandro está instruido de todo: sabe tus tramas, tus traiciones y artificios.

Avil. ¿Mis artificios? ¿Qué dices?

¿Mis tramas? cobarde, iniquo: tú eres capaz de creerm::

Truch. Yo no te ofendo: he entendido que Alexandro interceptó un pliego del enemigo, á donde te comunica órdenes, señas y avisos, en respuesta del que inferen que tú propio le has escrito.

Avil. ¿Yo?

Truch. Así dicen. Tú contempla cuál quedaria al oirlo

quien

quien vive en tu corazon
en virtud de ser tu amigo.

Marg. ¡Cielos, qué oigo!

Ail. Señor Truchas,
ved lo que decís.

Truch. Yo afirmo
lo que he presenciado.

Avil. Pero
¿cómo?

Truch. Yo no te he creído
capaz de tan baxa idea,
pero sin duda imagino
que Alexandro ha de querer,
para apurar el delito,
asegurar tu persona;
y así huye, pues como el sitio
se estrecha, y para el asalto
se elige el día vecino,
querrán desembarazarse
primero de este litigio;
y acaso sentenciarán
tu causa sin darte oídos,
porque tu culpa se prueba
por evidentes testigos.

Avil. ¿Testigos?

Truch. Sí, los efectos
y firma de Federico.

Avil. Todo es falsedad, ni pueden
mis méritos adquiridos
padecer igual violencia.

Marg. ¡Ay Cielos! ¿Qué laberinto
es este?

Truch. Sí, con el tiempo;
pero entretanto es preciso
que tolere los rigores
de una prision, ó un suplicio.

Marg. ¡Dios, qué escucho!

Truch. Vos, Madama,
aconsejadle conmigo
que se separe de un riesgo
que ya inevitable miro.

Marg. Sí, esposo, huye, que quedando
tú en libertad, dueño mio,
podrás volver por tu honor
algun día.

Truch. Advierte, amigo,
que insta el tiempo.

Marg. Huye, que yo
en sabiendo tu destino

seguire tus pasos.

Truch. Vuela.

Marg. Resuelve.

Truch. No estés remiso.

Marg. Evita el riesgo.

Avil. Callad,

que me avergüenzo de oiros.

¿Yo acreditar con la fuga
esos villanos indicios?

¿Huir yo la muerte? ¿Yo
que en diferentes conflictos
la he desafiado, había
para tan débil peligro
de negarla el rostro ahora?

Si conjurase el abismo
contra mi todas sus furias,
las despreciaría invicto
antes que adquirir el nombre
de cobarde y fugitivo.

Huya el traidor, el infame
las resultas de sus vicios,
pero no ocupen temores
á quien no agitan delitos.

Á Diego de Avila nunca
contrario alguno le ha visto
la espalda, el pecho sí, siempre;
del pecho haré sacrificio
al rencor de la fortuna,
y despreciando el aviso
á las plantas de Alexandro
voy á postrarme yo mismo,
donde averigüe imposturas
de mis viles enemigos,
ó donde del rubor muera
primero que del cuchillo.

Marg. Tente, esposo...

Truch. Mira...

Avil. Aparta.

Marg. Con lágrimas te suplico
que huyas el riesgo presente.

Avil. ¡Ay esposa! el riesgo mio
no causa mi pena, solo
tu pesar es mi conflicto.

Marg. Pues huye.

Avil. Es contra mi fama.

Marg. ¡Oh Cielos! ¿Qué es lo que miro?
Salen Juan del Aguila, y Soldados Es-
pañoles.

Aguil. Diego de Avila, Alexandro

manda que vengais conmigo.

Entregad la espada.

Avil. Esta es;

vamos.

Marg. ¡Ay esposo mio!

¿á dónde vas?

Avil. Á triunfar

de cautelas y artificios,

ó á morir de desdichado

si es tan cruel mi destino.

Marg. Contigo quiero morir.

Truch. Yo tambien. ¿Quién tan impío

será que de entre tus brazos

me separe?

Avil. Esposa, amigo,

refrenad la pena. Ved

en mi corazon tranquilo

una imagen del candor

sin la mancha del delito,

y hallareis quan infundados

son lágrimas y suspiros.

Vamos, Señor.

Aguil. Venid.

Marg. Antes

que te abandone al suplicio

donde te lleva la envidia

moriré. Si el llanto mio

no os mueve, viertan mi sangre

vuestros furores impios,

y no me quiteis la vida

en el dueño por quien vivo.

Avil. Disimulad á su pena

el despecho.

Aguil. Reprimios,

Madama. Yo no debía

ser á tal acto elegido

siendo el reo de otra clase,

mas ya que la suerte quiso

que este precepto me oprima,

perdonad, que he de cumplirlo.

Marg. ¡Oh Cielos ayrados! Cómo

á tal dolor sobrevivio.

se apoya á un lado de la tienda.

Aguil. Venid.

Avil. Truches consoladla;

Aibar, si aun eres mi amigo,

cuida á mi esposa, y á Dios.

se le

Aib. Señora: Yo estoy aturdido. *(llevan.)*

Truch. Señora, voy á ver donde

le conducen, y al proviso

volveré á daros noticia

de todo lo sucedido.

No voy sino á ver si logro *ap.*

perfeccionar mis designios. *vase.*

Aib. ¡Yo dudo lo que estoy viendo!

¿Quién diablos habrá traído

este demonio de carta?

No, yo tengo de inquirirlo. *vase.*

Marg. ¡Ay Cielos! ¡Ya se le llevan!

Ya qual reo convencido

va entre sus crueles tropas

á morir sin resistirlo;

y yo insensible, ¿qué hago?

¿correspondo á su peligro

justamente dando al ayre

solo inútiles suspiros?

No; yo he de seguir sus pasos:

aguárdate, esposo mio,

que introduciéndome altiva

por los acerados filos,

si no logro defenderte,

lograré morir contigo.

¡Dios! ¡qué imagen tan horrible

viene á turbar mis sentidos!

Me parece que le veo

entre los propios que han sido

testigos de sus victorias,

entre aquellos que le han visto

adornado de trofeos,

de aplausos enriquecido,

dirigirse sin violencia

al inhumano suplicio.

Pálido, y sereno el rostro,

los cabellos esparcidos,

de fúnebres vestiduras

y graves hierros ceñido,

se acerca con lentos pasos

á su terrible destino;

por entre el vasto concurso

me buscan enternecidos

sus ojos, aquellos ojos

que eran la luz de los míos;

me ve, se alienta, y me envía

un á Dios en un suspiro.

¡Ay santos Cielos! ¿Qué veo?

Ya ocupa el horrible sitio

de la muerte y de la infamia,

ya se resigna sumiso,

ya dobla el cuello inocente,
ya aquel mortal mas impío
que las fieras de la Hircania
levanta el fatal cuchillo,
ya la víctima dispone,
ya consume el sacrificio,
ya vibra el rayo:: Detente,
detente, infame ministro,
y vuelve á mi corazon
todo el furor de esos filos;
muera yo, y viva mi esposo,
ó á mi rencor:: Mas ¿qué digo?
¿morir mi esposo? ¿morir
con el torpe distintivo
que señala á un delinquente?
No puede ser; es delirio:
huid, imágenes vanas,
que atormentais mis sentidos:
mi esposo es noble, es leal,
y en el corazon concibo
las alegres esperanzas
de que en término suciato
le he de ver indemnizado
de los crueles indicios
que su opinion amancillan,
y oprimen el pecho mio,
correr á mis tiernos brazos,
exálar dulces suspiros,
enxugar mis tristes ojos,
y disipar mi conflicto,
renaciendo en nuestras almas
placer, gozo y regocijo.

ACTO TERCERO.

Tienda. Alexandroy Mondragon con tropa.

Alex. Esto ha de ser, he resuelto:

Anda, conduce á mi vista
á Diego de Avila. *va un Soldado.*

Mond. En todo
vuestra piedad se acredita.

Alex. No la piedad solamente,
otros motivos inspiran
mis resoluciones. Sé
quanto las tropas estiman *(mira.*
á ese Capitan Ilustre que delinquente se
temo si públicamente
su delito se castiga,
como era ley, que en los pechos
de los Soldados se imprima

tal terror que desanime,
ó tumultue sus iras,
consequencia muy infausta
para el trance de este dia,
donde valor y obediencia
militar se necesitan
con todo vigor. Quitarle
secretamente la vida,
sin admitir sus descargos
por quanto el tiempo nos insta,
será crueldad exêcrable,
perdonar su alevosia,
y mas quando los indicios
pasan á evidencias fixas,
será un exemplar que aliente
deslealtades atrevidas,
y un culpable exceso digno
de degradar mi justicia.

Mond. Siendo todo de esa suerte,
Señor, yo no sé qué os diga.

Pero aun no llego á creer
su culpa; y si bien se mira,
la carta de Federico
es la que mas le acrimina,
mas siendo bastante astuto, *(nosotros*
acaso pudo escribirla por sembrar entre
la desunion y ojeriza,
ó tal vez con otros fines.

Alex. ¡Ah! toda duda disipa
el concordar con la carta
las anteriores noticias.

Mond. Son equívocas no obstante.

Alex. Mas la carta las confirma.

Mond. Si las confirma, no en todo,
porque si hablarse podian,
fiar á un papel secretos
que en un descuido peligran,
ademas de ser inútil,
necia precaucion seria.

Alex. ¿Quién sabe hasta donde extiende
sus limites la malicia?

Mas Diego de Avila llega.

Sale Diego, y hace Mondragon despejar los Soldados.

Avil. A vuestras plantas invictas::

Alex. Levantad, Nunca mis plantas
sufrieron envanecidas,
no digo de un Capitan,
mas de un Soldado, sumisas

humillaciones; y si ahora mis brazos no lo acreditan, será porque huyen leales de ensalzar á la ignominia, ú de infectarse al contacto de una torpe alevosia.

Avil. Señor...

Alex. Mirad esa carta, y responded me.

Mond. Su vista le infunde terror.

Alex. No importa, los delinquentes practican cierto resorte en sus rostros que le mueven á medida de su situacion.

Mond. Para eso es fuerza que les asista un corazon habituado al crimen.

Avil. ¡Qué horror! ¡qué ira! *leyendo.* instruir yo al enemigo contra nuestra gente misma, ser desleal á la patria, quebrar con tal ignominia el juramento que á Dios y al Rey en sus siempre invictas banderas hice! Bien saben quantos en ellas militan si le he cumplido. ¿Qué veo? mi constancia desanima á golpe tan impensado; ¡prometer quitar la vida á un Alexandro Farnese!.. ó traidor papel, cenizas te hará mi...furor...pues...quando...yo...mi lealtad...Dios me asista. *car.*

Alex. ¿Qué es esto?

Mond. Esto es demostrar cuánto comprime y agita á un corazon generoso el rubor de la ignominia.

Diego de Avila.

Alex. Dexad

que en su congoja le asista yo propio; porque su crimen aunque despierte mis iras, no adormece mis piedades en urgencia tan precisa.

¿Diego? *le levantan, y cogen el papel.*

Avil. Si he sido traidor,

Cielos, ¿por qué no fulminan vuestras esferas sus rayos contra mí? porque no vibran...

¿Pero qué rayo mas duro?

Alex. Mucho á mi corazon insta este honrado sentimiento.

Diego de Avila respira.

Avil. ¿Señor, yo entre vuestros brazos? yo cubierto de la indigna sombra de una traicion puedo solo tolerar la vista de un Alexandro Farnese? No: ni aun del sol las benignas luces que pródigo esparce mereceré mientras viva con la nota de una infamia.

Alex. En la mayor culpa brilla la mayor clemencia.

Avil. Veo

la calumnia mas impía en ese infame papel; ¿mas cómo he de desmentirla si mi culpable constancia es quien mejor lo acredita? Pues si sobrevivo á un golpe tan duro, evidencia es fixa que no tengo honor, y quien no le tiene justifica contra sí quantos delitos le acumule la malicia.

¡Ah honor, por quien tantas veces á las balas enemigas

expose desnudo el pecho, y entre millares de picas, á tus ya rotos laureles hice trueque de la vida, ¿dónde estás? ¿cómo la sombra de la traicion te aniquila, cómo un debil papel dexa tus luces obscurecidas, sin medios de desmentirle, sin saber qué rumbo elija para aclarar sus engaños? Señor, ya mi pecho anima con mas vigor. Reducidme á prisiones escondidas, en cuyo centro á mi propio

me desconozca mi vista,
mientras que de tanta culpa
mi inocencia se indemniza.

Mond. Las piedades de Alexandro
otro efugio os solicitan.

Avil. No, yo no busco piedades,
Señor, yo quiero justicia.

Alex. En mí la encontrareis. Según
vuestro delito acriminan
las circunstancias presentes
debierais perder la vida
por traidor en un codahalso;
pero mi alma compasiva
al pronunciar tal sentencia
de terror se llenaria;
demas de esto solicito
evitarle la ignominia
al Tercio viejo de Flandes
de que las Naciones digan
que en él pudo haber traidores;
porque si ahora es mal creida
vuestra culpa, en el castigo
despues se confirmaria;
y así saldreis desterrado
de dos términos que pisan
nuestros Reales en secreto,
sin que sepa tal noticia
mas que el Capitan que os guarda,
por no despertar la envidia;
vuestro Maestre de Campo
deberá dexar cumplida
mi resolucion. Pudiera
algun tiempo diferirla;
pero tan próximo el trance
del asalto, tan precisa
la confusion, tan remotos
los descargos que os exíman,
y tan inútiles ya
las tramas de la perfidia
contra mis triunfantes armas,
necia precaucion seria.
Si en vuestro pecho se nutre
el aspid que solicita
vivificar este escrito,
la ocasion os es propicia.
Id á la Ciudad rebelde,
guardarla contra mis iras,
porque un enemigo mas,
¿qué imposibles multiplica

á mi valor? Mas si aun viven
en vuestra alma las cenizas
del Español heroismo,
si las glorias adquiridas,
si el amor al Soberano,
si el perder con ignominia
para horror de vuestra prole
decoro, grado é insignias
con que á la patria servisteis
en esta ocasion os instan,
volved por vos, y por todos:
sabeis cómo se practican
las acciones generosas;
desmentid viles malicias,
ó morir, que así Alexandro
en igual lance lo haria.

Avil. Pero Señor, ¿cómo puedo
con la fuga desmentirla?
antes bien si algun cobarde
mi opinion desacredita,
viéndome ocultar el rostro
mas calumnias verteria
contra mí, compadece
mi honor, despreciad mi vida.

Alex. Pues porque le compadezco
á este recurso me incita
mi piedad.

Mond. Una vez libre,
pues en vuestra mano misma
se os pone vuestro destino,
dexad que ladre la envidia
mientras triunfais de la suerte.

Avil. ¿Y vos executariais
lo que aconsejais?

Mond. Adonde
de un modo ú otro peligran
vida y opinion, sin duda.

Avil. Pero en caso que yo elija
ese recurso, mi esposa
triste, infeliz, afligida,
sin saber á qué destino
me conducen mis desdichas,
¿qué haré? ¡oh Dios! ¿qué será de ella?

Mond. Yo me encargo de asistirla,
y en averiguando el rumbo
que elige vuestra osadia
se remitirá á su patria,
ó donde guste ella misma.

Avil. Pues bien, Señor, me abandono

á la suerte, y repetidas
veces os beso las plantas
por piedad tan excesiva;
pero permitidme que antes
de mi esposa me despida.

Alex. No, Avila, porque el secreto
acaso peligraría.

Poned freno á una pasión
que aunque inocente y sencilla,
donde la fama se arriesga
parece injusta é indigna.
Mondragon, practicad luego
las providencias que exija
el éxito deseado.

Que su fuga no se impida
si por desgracia le encuentran
en el campo las partidas
avanzadas ú otras tropas.
Escuchad vos.

Avil. Mi alma cifra
en vuestra voz mi consuelo.

Alex. ¿Sois noble?

Avil. Bien lo publican
mis obras, aunque hoy parezcan
obscuras y envilecidas.

Alex. ¿Sois Español?

Avil. En Toledo
tuve cuna esclarecida.

Alex. Acreditad uno y otro,
ú no volvais á mi vista,
porque si despues os hallo
con las señas denegridas
de una traicion declarada
y una infame cobardia,
desconoceré en su objeto
la clemencia, y la justicia
obrará desagraviando
mi obligacion y mis iras.

se entra á lo interior de la tienda.

Mond. Vamos, Avila.

Avil. Señor,
¿juzgareis que se indemniza
mi estimacion con la fuga?

Mond. No; mas juzgo que es propicia
para que la indemniceis
estando libre algun dia. (guirlo.)

Avil. Pues si es así, yo os prometo conse-
Ya se excita
de nuevo en mi corazon

el ardor marcial que habia
entibiado la calumnia;
Señor, disponed aprisa
de mi libertad. Mi espada,
en tantas lides invicta,
¿cómo me abandona?

Mond. Presto
os será restituida.

Avil. Pues si la veo en mi mano,
tarde volverá á la cinta,
sin que mi nobleza quede
sin borron ó yo sin vida.

Mond. De vuestro valor lo creo.

Avil. Pero mi esposa querida
si sabe mi fuga, y ve
que me aparto de su vista
sin un á Dios de sus labios...

Mond. Yo os he ofrecido asistirle,
¿confiais en mí?

Avil. Confio
en vuestras manos mis dichas.

Mond. Pues vamos, Avila.

Avil. Vamos,
que para postrar la envidia
quanta sangre hay en mis venas
he de verter este dia
por la Religion, el Rey,
la patria y mi opinion misma,
que á tan nobles intereses
corto precio es una vida.

var.

Selva corta con una tienda practicable.

Sale Truch. Ya vaticina mi pecho,
aquel suspirado instante
de lograr su desahogo;
y mi ofensor inculpable
gime en prision, de quien solo
la muerte podrá librarle.
Del Soldado á quien fié
que á Alexandro le entregase
la carta sellé los labios
con un puñal y su sangre,
porque antes que me le pida,
si la fortuna es mudable,
con huir á mis hermanos
he conseguido una parte
de mi venganza en las penas
que á mi enemigo le abaten,
y del riesgo amenazado
burlo el riguroso exámen.

Si ahora una nueva impostura
en Margarita lograrse
algun crédito sería
el lauro de mis afanes:
fuera de las avanzadas
prevenidos mis parciales,
si consigo seducirla,
facilitarán el lance.

Pero afligida y confusa
de su misma tienda sale.

Sale Margarita.

Amor, toda tu eloquencia
inspire á mi labio frases.

Marg. Esto ha de ser, ó terminen
mis dudas ó mis pesares
de una vez, ó la evidencia
mi vida infeliz acabe.

Pero Truches...

Truch. ¿Margarita
dónde vais?

Marg. Voy á postrarme
á las plantas de Alexandro,
voy á implorar sus piedades
en defensa de mi esposo,
y voy adonde me arrastre
mi dolor.

Truch. ¿Quereis hablar
á Alexandro?

Marg. Debo hablarle.

Truch. Alexandro es con las Damas
áspero, duro, intratable.

Marg. Si he de creer al informe
de la fama, es muy distante
del original la copia
que haceis. Dice que es afable,
humano, sabio y cortes,
y quando todo le falte,
en el último atributo
deben mis dichas cifrarse,
porque en siendo justiciero
es inutil lo restante.

Truch. ¿Y en qué justicia fiais
vuestro derecho? Es probable
el crimen de Diego. Así
algun término se hallase
de sincerar su conducta,
pero, ah Señora, no es facil.
Os exponeis á un sonrojo,
sin que consigais librarle,

que nada tuerce el vigor
de las leyes militares.

Marg. Jamas padece sonrojos
una muger de mi clase,
y yo no voy como Dama
por favor á suplicarle
una merced indebida:
yo voy como esposa amante,
no á pedir que á mi marido
me restituya y me salve,
sino que cauto exámine
de dónde sus culpas nacen,
quién acrimina sus yerros,
y de quién su informe traen,
segura de que en mi esposo
jamás cupo accion infame.

Truch. Tal creo. ¿Pero sabeis
si aprobará ese dictamen
vuestro esposo?

Marg. No presumo
que pueda perjudicarle.

Truch. Sin embargo, yo quisiera
que vos primero le hablaseis.

Marg. ¿A mi esposo? ¿Y cómo puedo
si en estrecha prision yace?
¿caso permitirian
que su dolor aliviase
con mi vista?

Truch. Si señora,
os previne al separarme
de vos que iba averiguar
su prision ó carcelage,
las supe, y despues mi zelo
consiguió facilitarme
que alguna vez me permitan
el consuelo de que le hable;
valido de esta licencia
me lisonjeo bastante
de que si venis conmigo
lograreis verle y hablarle.

Marg. ¡Qué decís!

Truch. Os lo aseguro.

Marg. Pues vamos, que los instantes
tienen lentitud de siglos
en quien padece pesares
y espera consuelos... ¿Quién
pudiera proporcionarme
tal ventura sino vos?

Truch. Señora, las amistades

se deben acreditar
en sucesos semejantes.

Marg. Bien decís. Dignos de un alma
como la vuestra son tales
sentimientos. Pero vamos.

Truch. Vamos ; no por esta parte,
porque está al paso la tienda
de Alexandro, y si llegase
á presumir nuestro intento
quando nos viese, crá dable
que sufriendos su enojo.
El permiso de que trate
con mi amigo se le debo
á uno de los Capitanes
que está encargado en su guardia,
no á las remisas piedades
que en él imagina el vulgo.
Y hemos de rodear bastante
para evitar que nos vea,
venid donde yo os guiare.

Marg. Guiad por donde quisiereis,
mas conducidme al instante
á la vista de mi esposo.

Truch. Si haré. Nada os acobarde.
Venció mi ardid si consigo
separarla de los Reales. *ap.*
Venid.

Mar. Tengan á lo menos
este alivio mis pesares. *vanse.*

Sale Aibar. ¿ Adónde va esta Señora
con Truches? Vengo á avisarle
de la fuga de su esposo
donde no lo sepa nadie,
que de mi amistad confía
secreto tan importante,
y ya no podrá saberlo
sin que Truches se separe.
No es bueno que me da este hombre
mala espina, el tal danzante
que á Alexandro entregó el pliego
(de que ya pude informarme)
estaba poco ha en su tienda
sin más ropa que le guarde,
y ya no parece vivo
ni muerto. Es fuerza enterarle
de esto á nuestro General,
por si acaso: pero antes...
Mas qué veo... Vive Dios
que muy despacio se salen

del acampamento. ¿ Dónde
irán? yo quiero acecharles,
porque sé muy bien que Truches
nada de la fuga sabe::

y me ha dado un pensamiento::
yo tengo de averiguarle. *v. siguiéndolo.*
Selva larga con frondosidad de árboles,
donde habrá emboscados algunos, que sa-
len á su tiempo. Salen Truches, y
Margarita temerosa.

Marg. ¿ Dónde me llevais? Estamos
del campamento distantes,
y ya es sobrado extravío
para evitar que nos halle,
según decís, Alexandro,
donde pueda recelarse
que á ver vamos á mi esposo.

Truch. Allí han de estar mis parciales;
si á favor de la cautela
no puedo lograr el lance,
la violencia me asegura
triunfo tan interesante.

Marg. ¿ No hablais? De vuestro silencio
no sé qué infiera.

Truch. Pues nadie
nos oye, escuchad, que ya
es tiempo de declararme,
vuestro esposo no está preso;
yo pude facilitarle
por el soborno la fuga::
le suministré disfraces
y cartas para que á salvo
conducto en la Plaza entrase,
á donde ya está seguro,
y él me encargó, como sabe
quanto mi amistad es fina,
que en el campo no os dexase,
y os conduxese á sus brazos:
ved si::

Marg. Permitid que extrañe
tal resolusion.

Truch. ¿ Qué habia
de hacer en tan duro trance?
Vamos, Señora, á la Plaza,
que en ella os espera amante
vuestro esposo ya seguro
de españolas impiedades.

Marg. Podré persuadirme:: ¿ Y vos
creereis que abran al instante

las puertas á vuestro arbitrio?
Truch. Nada os detenga, ni pare,
 que yo sé quanto hacer debo.
Marg. ¿Por qué no me declarasteis
 antes de salir del campo
 tal novedad?
Truch. Era fácil
 que de las tiendas vecinas
 alguno nos escuchase.
Marg. Sí:: mas:: yo no sé qué asombros
 me agitan y me combaten.
 En fin, vamos á la Plaza,
 pues donde mi esposo se halle,
 aunque sea centro de horrores,
 centro de felicidades
 será para mí, guiad,
 que lo que tarde en hablarle
 tardo en disipar mis dudas.
Truch. Vamos. ¿Mas quién en alcance
 nuestro viene?
Sale Aibar. Vive Christo
 que andan ustedes bastante.
 Señora, ¿dónde va usted?
Truch. ¿Habrá desdicha mas grave?
 ¿qué os importa á vos?
Aib. Me importa
 mucho, que corre mal ayre
 desde la muralla, y puede,
 si sopla recio, baldarse.
Truch. Ni es de vuestra cuenta, ni hay
 peligro por esta parte,
 pues como un brazo del Rhin
 sus muros ciñe y combate,
 es su natural defensa.
Aib. ¡Jesus que absurdo tan grande!
 Qué Rhin, si está eso mas seco
 que los ojos de mi padre.
Truch. ¿Y quién sois vos para que
 vuestro orgullo se adelante
 á pedir satisfacciones?
Aib. Si á usted le parece, nadie;
 pero en fin soy un Sargento
 del Tercio viejo de Flandes:
 tanto como un Oficial
 de otro Cuerpo.
Marg. No os propase
 la porfia; bien podemos
 nuestra empresa declararle
 al Señor Aibar, en fe

de sus finas amistades.
 Mi esposo está en la Ciudad,
 y me espera por instantes:
 Truches le libró, y tambien
 se ha encargado de llevarme
 á sus brazos.
Aib. ¡Qué mentira!
 Señora, si fuese dable
 que vuestro esposo admitiese
 un partido semejante,
 desde que puede no tuvo
 tiempo para practicarle.
Truch. Yo sé muy bien lo que digo:
 aquí ya no ha de ser fácil *ap.*
 que me valgan las astucias
 sin la violencia, y es grave
 osadía desmentirme.
Aib. Sería insulto notable.
 Señora, el señor no miente,
 pero no dice un adarme
 de verdad.
Truch. Tanta insolencia
 así debe castigarse.
Saca el pañuelo, y hace señas.
Aib. Aquí no nos ve ninguno,
 con que para luego es tarde;
 ¿pero sacais el pañuelo,
 y no la espada?
Salen los Soldados de la emboscada.
Truch. Es bastante
 instrumento á tu castigo.
Cercan á Margarita, y envisten con Aibar.
Marg. ¿Qué es esto?
Aib. A viles, cobardes.
Truch. Conducidla á la Ciudad,
 y á ese insensato matadle.
Marg. ¡Piedad, Cielos!
Truch. No te escuchan
 bien, como tú no escuchaste
 mis suspiros.
Marg. ¡Ah traidor! *la llevan.*
Aibar.
Aib. Aleves, infames,
 soltad la presa. Oh mal hayan
 mis pies. *cae, y le cercan.*
Truch. Pronto desarmadle,
 y conducidle á la Plaza,
 donde su castigo ignale

al de Chacon: abrasado

pereza en llamas voraces.

Aib. Voto á brios, vil tornillero,
que aquí he de despedazarte
con las manos y los dientes:
dexadme libre un instante,
y vereis como le estrello
de un puntapie.

Truch. Sujetadle.

Aib. Perro, si yo vivo, yo
descubriré tus maldades. *se le entr.*

Truch. Ya no importa que se sepan.

Si la Plaza se ganase
por las armas de Alexandro,
entre confusion tan grande
huiré á mi patria seguro
con la causa de mis males;
y si se defiende, en ella
lograré tranquilidades,
porque muerto mi enemigo,
siendo su culpa probable,
y el desengaño imposible,
no hay riesgo que me amenace.
Amor temerario, guía,
guía mis ciegas temeridades. *vas.*

*Tienda interior de Alexandro: este
y Soldados con Mondragon: cajas
y clarines.*

Mond. Han recibido las Tropas
las órdenes del asalto
con indecible alegría,
de suerte que me persuado
que inútiles á su brio
los aprestos necesarios,
han de trepar las murallas
tan solo á fuerza de brazo.

Sale Aguil. Señor, al ver Federico
ir las Tropas avanzando,
y que solo á vos se aguarda
en el muro, ha enarbolado
blanca vandera, y envia
un Oficial para hablaros.

Mond. Á buen tiempo: ahora querrá
tratar de ajustes y pactos.
no le escucheis.

Alex. ¿ Por qué causa?

El escuchar al contrario

jamas pudo ser nocivo.

Id. conducidle, observand

las precisas ceremonias.

Va con un Oficial y Soldados.

Decidme: habeis visitado

á Margarita, y dispuesto

seguridad y descanso

para ella y su servidumbre?

Mond. Estaba temiendo hablaros
sobre este asunto. En su tienda
no parece ni en el campo.

Alex. ¿ Cómo?

Mond. Habrá huido sin duda.

Alex. Con eso ha verificado

los delitos de su esposo:

¿ por dónde abriria paso

para su fuga?

Mond. Si estaba

ya entre los dos contratado

antes de su prision, pudo

pasar á la Plaza en salvo,

como algunos que desertan,

de los pocos, que comprados

los trae á la guerra mas

el interes que el aplauso.

Alex. No me arrepiento de haber

mis piedades dispensado

á un traidor que ya no puede

ser temible. Antes aplaudo

que quanto le pertenezca

se aparte de nuestro campo,

porque ni el yerto cadaver

de un traidor pueda infestarnos.

Salen Aguila y el Capitan Peuchner.

Aguil. El Capitan Peuchner llega

á vuestros pies.

Alex. Sin embargo,

Aguila, poned por obra

mis preceptos. *vase Aguila.*

Peuch. Ya que el hado

quiere que al valor de España

se sujeten los mas arduos

imposibles, Gran Señor,

vengo á proponeros pactos

en nombre de Federico

para rendiros postrados

á la invencible Novesia.

Alex. ¿ Pactos en el triste estado

que padece? ¿ quando hoy mismo

puedo entrarla espada en mano?

Si viniese á reclamar

piiedades sería caso
mas propio, aunque indigna de ellas;
aun reservan con espanto
en mi oído los lamentos
de Chacon y sus Soldados
entre la terrible hoguera;
está su sangre clamando
venganza al Cielo, y el Cielo
la confia de mi brazo.

¿Juzgais que pueden quedar
sin castigo los estragos
que vuestra crueldad ha hecho
en los villages cercanos,
en las cortas poblaciones,
destruyendo y abrasando?
No, que hay un Dios vengador.

Yo que inútilmente humano
con vosotros os propuse
que os redugerais á pactos
conducentes, no tan solo
sufrí vuestro infame trato;
pero aun desde la muralla
vuestros tiros me insultaron:
bien que la traicion desprecio
y perdono el atentado,
que de enemigo que rueda
nunca se vengó Alexandro.

Mond. Pues nosotros, Gran Señor,
no podemos perdonarlos,
que á nuestro mismo Rey se hizo
en vos aquel desacato.

Peuch. En esa traicion resultan,
Señor, muy pocos culpados,
ni tuvo el Gobernador
noticia de ese fracaso,
porque á la sazón dormía.

Alex. ¿Un General tan exácto
como Federico pudo
con las armas en la mano
rendirse al sueño?

Mond. Tal vez
padecería letargo,
quando su peligro y vuestro
poder no le despertaron.

Peuch. Dormía en efecto

Mond. Pues
decidle que ha despertado
tarde.

Peuch. ¿Mas por qué razón?

Mond. Porque ahora duerime Alexandro,
y no puede oír sus ruegos;
pero velan sus Soldados
para castigar traiciones
y conseguir desagravios.

Alex. No obstante, la humanidad
está en mi pecho gritando
en favor de esos rendidos.
El honor de mis aplausos
me acuerda quánt triste nombre
imprimieron en sus fastos
muchos crueles guerreros
que sus victorias mancharon
con sangre, siendo mayor
triunfo vencer perdonando.
Cuyo estímulo:::

Mond. Señor,
reflexionad que no estamos
en tiempo de suspensiones.

Peuch. Señor, duelaos el quebranto
de los infelices. Muchos
hay entre ellos obstinados,
pero infinitos:::

Mond. ¿Lo veis?
Señor, no os lastime tanto
su infelicidad.

Peuch. Se anima
un corazón muy bizarro
en nuestro vencedor para
desatender nuestro llanto.

Mond. Vuestro error le ha ensordecido
tambien, y tambien su brazo
vibra un rayo, cuyo fuego
debe vengar sus agravios.

Peuch. Señor, vivan los rendidos,

Mond. Señor, mueran los malvados.

Peuch. Para que el orbe:::

Mond. La fama:::

Peuch. Por piadoso:::

Mond. Por osado:::

Los 2. Eternice vuestro nombre
en mármoles y alabastros.

*Se oye gran confusion de caxas, clarines,
tiros y voces.*

Alex. Cesad, ¿qué es esto?

Sale Aguil. Señor,
el ejército juzgando
que habia de poder mas
en vuestro pecho gallardo

la compasion, que la ira,
y que habiais de humanaros
al artificioso ruego
de los alevos sitiados,
por vengar vuestras ofensas,
temiendo para el asalto
las órdenes necesarias,
(porque jamas su conato
de inobediente se culpe)
no quiso proporcionaros
tiempo para revocarlas;
los Españoles osados
ya pisan los altos muros,
y despues los Italianos
por la brecha que abrió el fuego
entran la Ciudad; que entre ambos
furores ya experimenta
su desolacion y estrago.

Alex. ¿Cómo?

Mond. ¿Y nuestros camaradas
han sido los que empezaron
la accion?

Aguil. Su exemplar fue el móvil.

Mond. ¡Ah Españoles! Señor, vamos
á dar vigor á su esfuertzo.

Alex. No dignas del Alexandro
Farnese son nuestras tropas.

Mond. ¿Pues de qual, Señor?

Alex. Del Magno.

Mond. ¿Calle su nombre la fama
y publique el vuestro el marmol?

Peuch. Señor:...

Alex. Vos en tal peligro
á mi tienda retiraos.

Peuch. Fuerza será obedeceros *vase.*

Alex. Vamos, ilustres Soldados,
al empeño.

Aguil. A la victoria:...

Mond. Al furor:...

Alex. Al desagravio.

Todor. Y las ruinas de Novesia
renueven las de Cartago.

*Gran Plaza de Novesia, con varias
puertas y balcones practicables; al fo-
ro se manifiesta la parte interior del mu-
ro, que defiende la guarnicion de la Pla-
za: á su pesar entran los Españoles,
que le asaltan, pero al levantarse el
telon ya debe haber en el tablado una*

*y otra tropa en batalla, figurándose ser
los primeros que entraron fugitivos los
contrarios: se apoderan los Españoles de
las casas, las incendian, y arrojan por
las ventanas algunos hombres fingidos.
Salen mugeres desgreñadas, y lloran-
do, unas con sus hijos en los brazos, y
otras de las manos: se postran á los vin-
cedres, que las perdonan, y ellas se
van entretanto (porque en tal Scena serian
inútiles los versos) suenan incesante-
mente caja y clarin, y tiros, arden las
casas desplomadas algunas poco á poco,
y siempre se oye el ruido de armas den-
tro. Salen despues Alexandro, Mon-
dragon, Aguila, y Soldados.*

Mond. Bueno va esto: vive Dios
que si un poco nos tardamos
es desierto la Ciudad.

Alex. Notable ha sido el estrago;
mas contener es preciso
el furor desordenado
de las tropas.

Mond. No es tan facil

con las armas en la mano:

dexad, Señor, que castiguen

á esos viles Luteranos,

pues segun las precauciones

suyas, lo bien peltrechado

de la Ciudad, y su orgullo

fue un artificio villano

la platica de la entrega

para lograr descuidarnos;

ademas que ellos han hecho

lo mismo con los vasallos

de nuestro Rey. Mueran todos:

no se dé quartel, Soldados.

Alex. Pero exceptúen sus iras

mugeres, niños y ancianos.

Venid, que obra el furor ciego,

Mondragon, en tales casos,

y no quieren que obscurezcan

sus crueldades á mis lauros. *vanse.*

Sale Truch. ¿Por dónde iré? En todas

ruinas y peligros hallo: (partes

la casa en que Margarita

de mi orden se ha aposentado

ya es despojo de las llamas:

si logró ponerse en salvo,

¿quién

¿quién sabe dónde? ¿Sería la fuga el mas acertado arbitrio en mi situacion?

Mas cómo puedo, dexando en esa ingrata mi vida,

y siendo el salir al campo tan difícil, pues estan todos los rumbos tomados.

No obstante, si Margarita, y el Sargento temerario,

pues mandé que le colgasen de la muralla, han faltado,

aun tiene emienda mi yerro; pero aquí vuelve Alexandro,

facil será persuadirle que me encontré en el asalto.

Hagamos del traidor fiel hasta que se aplaque el hado.

Salen Alexandro, Mondragon y tropa.

Alex. Aun dura la resistencia, y una mina que volaron,

aunque inutilmente, pudo embarazarnos el paso.

Tond. Si no hubiera sido por los Españoles, no entramos hoy en Novesia; su ruego

fue sin duda doble trato.

Alex. Así lo creo. ¿Mas Truches?

Truch. Señor, si á felicitaros la victoria conseguida

yo á los demas me adelanto, mios son los parabienes.

Alex. Yo los recibo y aplaudo, pues habreis tenido parte en los trofeos que alcanzo.

Truch. Señor, ¿qué importa un bisoño entre tantos veteranos? Yo he cumplido mis deberes.

Alex. Lo creo. ¿Mas qué lejano rumor se escucha?

Salé Aguila. Señor, Federico retirado á una torre se ha hecho fuerte en ella, y se está asaltando por vuestras valientes tropas;

pero con peligro tanto, que el trofeo, aunque se logre,

no resarcirá el estrago.

Alex. Vamos á adquirir el triunfo;

pero qué precipitado tropel se acerca á nosotros?

Voces. Viva el invicto Alexandro.

Salen Diego de Avila con Federico Cloet, y todas las tropas de ambas partes.

Dieg. Al menos esta ventura no me ha de usurpar el hado.

A vuestros pies, Señor::

Alex. ¿Diego?

Dieg. La fatiga y el cansancio, mas que la falta de sangre,

niega el aliento á los labios.

Truch. ¿Qué veo?

Alex. Respirad:: ¿No eres tú, Federico, el vasallo rebelde al Elector?

Fed. Soy quien padece los extraños accidentes de la guerra,

sin que hayen en mi faltado ni la modestia á los triunfos,

ni el valor á los estragos.

Alex. No es particular caracter tuyo el que vienes pintando.

Diego de Avila, decid: ¿cómo habeis afianzado mi victoria?

Dieg. Si haré, pero antes un favor aguardo de vos.

Alex. Yo os lo ofrezco.

Dieg. Pues, asegurad á ese ingrato.

Alex. ¿A quién?

Dieg. ¿A Truches?

Truch. ¿Qué dices? A tu amigo, ¿por qué é quando te he merecido esa injuria?

Dieg. Calla traidor, calla falso, calumniador, alévalo.

Invicto Señor, logrando la libertad que me disteis,

me introduxe en el asalto.

Confundido entre el tumulto de los Tercios Italianos,

entrada la Ciudad, llena de horrores, terror y espanto,

Yo en fin, como á quien la vida

ya le sirve de embarazo,
 á la accion mas temeraria
 me arrojé determinado,
 á casa de Federico
 dirigí el ligero paso,
 y conducido á la sala
 principal de su despacho,
 mientras que de sus riquezas
 otros se estaban saciando,
 yo en registrar sus papeles
 puse todo mi conato,
 y aunque á pesar de la prisa,
 ví los que son necesarios
 á mi intento. Estos, Señor,
 son los documentos claros
 de mi inocencia. Estos son
 de Truches los viles tratos,
 ved aquí sus firmas, ved,
 cómo habia concertado
 mi ruina con Federico.
 Leedlos, y sabed en tanto
 que tambien la casa fuerte
 donde se hubo retirado,
 cedió al Español orgullo
 y su persona á mi brazo,
 porque á vuestros pies publique
 mas que mi arrojó su labio,
 que en Diego de Avila nunca
 la traicion se abriga: quando
 doy á mi Rey un trofeo,
 rindo á mi patria un aplauso,
 cedo á vuestra fama un timbre
 y acrisolo un desengaño,
 para morir inocente,
 no para vivir vengado.

Alex. Todo como decís consta
 de estos pliegos.

Truch. Señor...

Alex. Aquí hallo
 ser vos quien con Federico
 mantuvo los viles tratos,
 y que de acuerdo con vos
 escribió el papel villano
 que á Diego de Avila culpa.
 Como injusto, como ingrato:::

Tuch. Señor:::

Alex. ¿Y vos, Federico,
 por qué habeis apadrinado
 tal traicion?

Fed. Jamas

á mis enemigos satisfago
 sino con la espada, y pues
 me imposibilita el caso
 tan digna satisfaccion,
 dame muerte, que la aguardo
 con impaciencia, y no esperes
 mas palabra de mis labios.

Alex. Los Españoles aceros
 jamas, Cloet, se mancharon
 en la sangre del rendido;
 demas que no eres vasallo
 de mi Rey; el tuyo debe
 disponer de tí: llevado
 á donde quede en custodia:::

Fed. ¿Para qué, Cielos airados,
 guardais mi vida?

vase.

Truch. Señor,
 si en vuestro pecho bizarro
 la piedad::: yo si, mi exceso:::

*Sale Aibar con la espada desnuda y
 Margarita de la mano.*

Aib. Mi General, acá estamos
 todos.

Alex. Margarita, ¿vos
 en la Plaza?

Marg. Mis quebrantos
 á vuestros pies solamente:::
 ¿Mas qué veo? Esposo amado.

Aib. Bien mio, pues como:::

Truch. Aquí
 echó mi desdicha el fallo: *ap.*
 si lograré huir:::

Mond. Teneos,
 y si podeis disculparos.

Alex. Decid qué es esto.

Aib. Esto es
 que habiéndonos asaltado
 por orden del señor Truches
 sus sequaces, nos llevaron
 á la Plaza prisioneros,
 y que al terror y al espanto
 del inopinado ataque,
 quando estaban meditando
 á qué prision conducirme,
 mis guardias se descuidaron
 conmigo; pude valirme
 de desarmar á un Soldado,
 con que les quité las dudas,

aquí

aquí hiriendo , allí matando,
hasta llegar á la casa
donde se hubo aposentado
de orden del Gobernador
Margarita , y sin embargo
de que las voraces llamas
cerraban todos los pasos,
pude llegar á su vista,
conduciéndola en mis brazos
después á vuestra presencia,
libre , gozoso y ufano.

Avil. ¿Quién, si no vos, fino amigo,
tal hecho hubiera intentado
por mí?

Alex. Este segundo lance
acredita tu falsario
proceder , aleve Truchas.

Truch. Señor , un desordenado
amor , una queja:::

Alex. No es
tiempo de oír tus descargos:
llevalle á una prision : Peuchener
le acompañe , y el Soldado
que traxo la carta infame,
para que en un vil cadahalso
satisfagan sus traiciones.

Avil. Yo remito mis agravios,
Gran Señor.

Alex. También mi pecho
remitiera los privados,
pero no los generales:
¿ en qué os deteneis ? llevadlo.

Truch. ¡ Ah fatal suerte ! yo mismo
sobre mí dirigi el rayo. *le llevan.*

Alex. Y vos , Capitan ilustre,
recibid entre mis brazos
mil alegres parabienes:

también los vuestros aguardo,

Aibar. Sabrá el Gran Felipe

vuestro proceder bizarro,
porque premie una amistad
digna del bronce y el marmol.

Aib. La amistad ella se premia
por sí misma en igual caso.

Avil. Vuestra piedad satisface
todas mis penas.

Mend. Colmados
serán hoy los regocijos.

Marg. Dulce fin de afanes tantos.

Alex. Y dando gracias al Cielo
por el triunfo que logramos,
aclame una salva el nombre
Augusto del Soberano.

Todos. Mientras al noble concurso
pedimos perdon postrados.

Se hallará en la Librería de Castillo , frente las gradas de San Felipe el Real; en la de Cerro, calle de Cedaceros ; en su puesto, calle de Alcalá ; y en el del Diario, frente Santo Tomas: su precio dos reales sueltas , y en tomos en pasta á 20. cada uno , en pergamino á 16 , y á la rústica á 15 , y por docenas con mayor equidad.

Donde esta se hallarán las siguientes.

Las Víctimas del Amor.

Federico II, primera , segunda y tercera parte.

Las tres partes de Carlos XII.

La Jacoba.

El Pueblo Feliz.

La Hidalguía de una Inglesa.

La Cecilia , primera y segunda parte.

El Triunfo de Tomiris.

Luis XIV. el Grande.

Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.

La Industriosa Madrileña.

El Calderero de San German.

Carlos V. sobre Dura.

De dos Enemigos hace el amor dos amigos.

El Premio de la Humanidad.

El Hombre convencido á la razon , ó la Muger prudente.

Hernan Cortes en Tabasco.

Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre.

La Justina.

Acaso , astucia y valor vencen tiranía y rigor, y triunfos de la lealtad.

Los tres Mellizos.

Aragon restaurado por el valor de sus hijos.

Quien oye la voz del Cielo convierte el castigo en premio, ó la Camila.

La Virtud premiada, ó el verdadero buen Hijo.

El Severo Dictador.

La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.

Troya abrasada.

El Amor perseguido, y la Virtud triunfante. Con un Saynete intitulado las Besugueras.

El Sol de España en su oriente, y Tolemano Moyses.

Caprichos de amor y celos.

Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena y natural Vizcaíno.

El mas Heroico Español, lustre de la antigüedad.

Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon.

Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.

El Hidalgo tramposo.

Orestes en Sciro, Tragedia.

La desgraciada hermosura, ó Doña Ines de Castro, Tragedia.

El Alba y el Sol.

De un Acaso nacen muchos.

El Abuelo y la Nieta.

Juego completo de diversion casera para Navidad y Carnestolendas; Tragicomedia, la Virtud aun entre Persas, lauros y honores grangea, con Loas y Saynetes.

El Tirano de Lombardía.

Cómo ha de ser la amistad.

La buena Esposa. Drama heroyco en un acto.

El Feliz encuentro.

La Viuda generosa.

Munuza. Tragedia en cinco actos.

El Buen Hijo.

La Buena Madrastra.

Ademas hay un gran surtido de otras varias, saynetes y entremeses.

F I N.